

LAURA NUÑO y HELEN C. ROGUE

Y LLENARTE EL MURO DE FLORES



zafiro♥

Índice

Portada

Biografía

Dedicatoria

Agradecimientos

1. El propósito

2. Facebook

3. Mi estrella

4. ¿Quién sabe dónde?

5. Lo que quieren las mujeres

6. Perfecto

7. In person

8. Desastre

9. Caballero de brillante armadura

10. Una casa en el campo

11. Hola, me llamo Nacho

12. Y el ogro venció

13. Como lágrimas en la lluvia

14. ¿Quién?

15. El toro por los cuernos, y la vaca por las ubres

16. La misión

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos Clubs de lectura con autores Concursos
y promociones Áreas temáticas

Presentaciones de libros Noticias destacadas

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Biografía



Laura Nuño es administrativa de profesión. Auto-define su trayectoria literaria como una apuesta personal que le ha permitido descubrir su verdadera vocación. *Clarita y su mundo de yupi* fue la primera novela con la que se dio a conocer. *La reunión, Compañero de viaje. La Espera, relato de tema libre y Despertar a tu lado* son algunos de los títulos que le han valido reconocimiento y galardones en diferentes certámenes literarios. Poco después publicó *Mi custodio* y *Mi bestia*, ambos pertenecientes a la saga «Los Ocultos».



Helen C. Rogue nació en Barcelona en 1980. De profesión administrativa, vive en una casa en plena naturaleza.

Si bien escribe desde la adolescencia, fue en 2012 cuando comenzó su carrera literaria, con la publicación de varios relatos en antologías románticas. En 2013 apareció su primer relato largo o *novelette*, *La bruja de los zapatos rojos*, que se colocó en los primeros puestos de ventas durante más de dos meses.

Casada y con dos hijos, sigue con sus proyectos literarios, todos con su sello personal.

A los amores de nuestras vidas

Agradecimientos

Escribir no siempre es fácil. Tenemos que lidiar con un trabajo, una familia, imprevistos varios... una vida personal. Si, además, lo haces a cuatro manos, los problemas se duplican.

Pero también las alegrías.

Es muy raro congeniar y empatizar de la forma que nosotras lo hemos hecho, hallar ese equilibrio, esa complicidad, esa facilidad de comunicación, sin la cual esta novela no hubiera tenido lugar.

Podríamos hacer una larga, ¡larguísima!, lista de agradecimientos, pero, si ya es difícil hacerla de forma individual sin olvidarse de alguien, hacerlo entre las dos resulta, cuando menos, toda una odisea.

Ante todo, nuestro mayor agradecimiento va para Esther Escoriza, nuestra editora, por la paciencia, la comprensión y la apuesta que ha hecho desde el principio por este proyecto de novela, por su tolerancia y la oportunidad de cambio que nos dio. Gracias, Esther.

Agradecemos también a nuestras respectivas familias, las cuales, por culpa de (o gracias a) las horas invertidas en la novela, se han visto privadas de nuestra compañía.

A Laura Morales. Porque, en cierta forma, nos ha allanado el camino.

A las *nenis* de Facebook y de Twitter en general. Decir nombres sería un no acabar, pero vosotras sabéis de sobra

a quién nos referimos.

Y en cuanto a los agradecimientos particulares:

Laura Nuño: Mis agradecimientos van para mi CO. Por tu impaciente paciencia, por el aguante a mis ataques, por las risas, por las lágrimas. Por todo. Gracias por ponerle música a esos días de lluvia.

Helen C. Rogue: La vida te pone a las personas en tu camino por alguna razón. Agradezco a la vida, o al destino, o a quien nos juntara ese día, el haberte cruzado en el mío, porque esto, CO, es el inicio de algo grande. Gracias mil. Gracias por llenarme el muro de flores.

1. El propósito

A menudo me preguntaba sobre el oscuro y maléfico propósito que estaría tramando esa aprendiz de bruja que hacía quince años me había robado el corazón, sobre todo cuando sonreía de esa forma tan condescendiente y que tan en guardia me ponía.

Sí, lo confieso, me pirraba esa sonrisa, no podía remediarlo...

Después de mucho pensarlo, la muerte, la mía en particular, era una de las opciones que creía que más se barajaban, pues, si no fallecía de inanición, lo haría de un infarto.

Debí sospechar que algo maquinaba cuando una noche, mientras cenábamos, comenzó con un monólogo bastante instruido, además de cansino, sobre los inconvenientes de lo que ella considera una dieta *chunga que te cagas*. Debo añadir al respecto que su opinión no podía ser más desacertada: en casa, sobre todo durante los últimos cuatro años, cuando ella hizo acto de presencia, seguimos un régimen alimenticio de lo más estricto, un plan dietético elaborado por uno de los mejores —y, por ende, más caros— nutricionistas de Madrid. No puedo, ni debo, quejarme, pues haría cualquier cosa por su bienestar; fijaos si la quiero, pero digo yo que algún respiro me podía permitir...

Ahora que lo pienso, creo que la muy condenada sabía de sobra que me saltaba a la torera dicho régimen sin ningún tipo de remordimiento cuando salía de escapada con

los colegas. No hay que ser un lumbreras para tener claro esto: cuando los hombres nos juntamos, no pueden faltar las patatas fritas, ni las aceitunas, ni, por supuesto, las ¡ohhhh, benditas! cervezas. Además, mi tripa cervecera era una fiel delatora de mis fechorías alimenticias.

Si debo ser sincero, no le di la menor importancia a su sermón, pero fingí hacerlo asintiendo de vez en cuando y poniendo cara de circunstancias, aunque en el fondo estaba contando las horas que me separaban del viernes y, por lo tanto, de la rubia favorita de todos los hombres: Miss Mahou.

El demonio de ojos gris azulado no añadió nada más al respecto, para tranquilidad de mi conciencia, pero algo en mi rostro debió mostrar la opinión que tenía al respecto, pues a los dos días se presentó ante mí, con una mirada siniestra y triunfal que contrastaba escalofriantemente con la dulce sonrisa que esbozaba, y me tendió un pasaje al infierno: la inscripción a un gimnasio.

Sus argumentos, como siempre, eran irrefutables. No sólo porque ya había pagado la matrícula y la cuota de los tres próximos meses —recalcó unas diez veces que ese dinero había salido de *su propio bolsillo*, como si ella gastara de eso...—, sino porque, cuando me miraba con esa carita, me despojaba de toda voluntad, me convertía en una piltrafilla que terminaba haciendo lo que a ella le viniera en gana.

Mi subyugación era voluntaria, lo sé, no podía ser de otro modo, sobre todo con lo que teníamos encima, pero mira que me costaba complacerla cuando atentaba contra mi *salud*. Porque, por mucho que ella afirmara que en el fondo me estaba haciendo un favor, aquel empeño suyo de enrolarme en una vida saludable me estaba consumiendo. Dejar de fumar fue lo primero, aunque esa decisión la tomé por mí mismo a modo de promesa cuando *ella* nos enseñó

los dientes y nos dejó acojonaditos, algo que, por otro lado, me alegró de haber hecho. Prescindir de ciertos caprichitos —pizza, hamburguesas o simplemente comer hasta reventar—, ya me estaba agriando el humor, pero lo del ejercicio físico... ¡Uffff!

Creo que la última vez que lo practiqué fue allá por los noventa, en el instituto y porque era una asignatura obligatoria, que si no, anda que iba yo a correr por iniciativa propia, sobre todo porque mi complexión ya era atlética de por sí, sin que tuviera que recurrir a medidas extremas para mejorarla. Claro que los años no pasan en balde, y por algún lado —en concreto, por mi abdomen— debían salir los excesos a los que había sometido mi cuerpo.

Si he de ser sincero, y es mi propósito serlo, los sacrificios a los que me había obligado a someterme Estrella estaban dando sus frutos, pues milagrosamente, y después de tres meses de matarme de hambre y de dejarme los cuernos en el gimnasio tras una dura jornada de trabajo en el almacén, la tripa cervecera desapareció —algo—, y mi cuerpo se llenó de unos músculos que yo ni sabía que existían y a los cuales las mujeres respondían con una mirada apreciativa, y los hombres, con una mueca de envidia de la mala.

Comprendí el propósito final de la bruja cuando un día, en concreto el de mi cumpleaños, me sacó de la cama a primerísima hora de la mañana y me obligó a llevarla al centro comercial.

Que me metiera en una peluquería no lo vi del todo extraño, pues hasta yo era consciente de que necesitaba un corte de pelo. Que cambiara mi habitual corte al tres por otro *que no me diera ese aspecto de carcamal*, medio me cabreó, pero no dije ni media. Que además se empeñara en que me arreglaran las cejas —Venga ya... ¡las cejas, por Dios!—, no me gustó ni un pelo, pero finalmente me enco-

gí de hombros y permití que la peluquera se pusiera a la tarea. De haber sabido que dolería tanto, no lo hubiese permitido, pero ya era demasiado tarde. Así que ahí estaba yo, pegando respingos y soltando algún que otro taco, mientras la peluquera trataba de ocultar la risa. Estrella no fue tan comedida: se estaba cachondeando de mí a lo lindo.

Pero lo que me alarmó, lo que hizo que viera claramente sus intenciones, fue cuando hizo que recorriéramos todas y cada una de las tiendas de tíos del centro comercial, cuando cogió toda la ropa que sus brazos pudieran abarcar y me metió a empellones en el probador.

Ahí fue cuando me dije: «Nacho, tu hija quiere una madre.»

2. Facebook

16:13

Nacho Pidal

Toc, toc. Perdona si irrumpo, pero he visto el comentario que has dejado en el estado de D. W. Nichols y me he dicho: una tía con un par, jajaja. Gracias por aceptar mi solicitud. Por cierto... esos ojos, ¿son tuyos, o se los has robado a un ángel?

Tengo la sensación de haber nacido con el sexo equivocado. No, no estoy loca y no me van las mujeres. Pero a veces pienso ¿qué he hecho yo para merecer esto? Porque una es mona, lo que viene siendo una chica resultona, pero misteriosamente atraigo a los hombres equivocados.

Primero fue Ismael: aquel adonis de ojos penetrantes me cameló cuando era apenas una jovencita, dejándome en la más absoluta miseria —económica y emocional— cuando decidió que mis pechos no eran lo suficientemente enormes. Resultado: cuatro terrinas de helado cada noche y así sucesivamente durante días. Aquel maldito me dejó hecha polvo. Me sacaba todos los cuartos que podía para sus vicios, y yo, como una tonta, esperaba paciente todas las tardes a que viniera a buscarme para dar un paseo. La mayoría de días me quedaba mirando el reloj hasta tarde, pero él no aparecía. Primer desengaño amoroso.

Después fue David, al que conocí en el gimnasio donde me apunté para poder quitarme esos kilos que había gana-